

BOLETÍN

DE LA

Real Academia Sevillana de Buenas Letras

AÑO I

MÁRTES 28 DE FEBRERO DE 1899

NÚM. 2

NECROLOGÍA

DEL ECXMO. SR. D. JOAQUÍN ALCAIDE Y MOLINA, ESCRITA Y PUBLICADA EN CUMPLIMIENTO DE ACUERDO DE LA REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS POR EL SOCIO NUMERARIO DE ESTA CORPORACIÓN D. JOAQUÍN HAZAÑAS Y LA RUA, Y LEÍDA EN LA JÚNTA CELEBRADA EL VIERNES 26 DE NOVIEMBRE DE 1897.

I

Honra grande me dispensa la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, al conformar la necrología de uno de los más ilustres miembros de la misma, á quien perdimos en fecha no lejana. Cúmpleme obedecer el acuerdo, sin entrar á analizar si anduvo ó no acertada en la designación, en la que no pudo tener presente otros motivos que mi admiración, mi gratitud, mi cariño y mi amistad para el Sr. D. Joaquín Alcaide y Molina (q. e. p. d.).

Conocilo cuando mi inteligencia empezaba á penetrar en los estudios facultativos; su figura gallarda, su oratoria no fogosa, pero sí arrebatadora, su expresión siempre castiza, aquel decir lo que se proponía, ni punto más ni punto menos, su gran erudición, el perfecto conocimiento de las lenguas griega y latina, especialmente de esta última, subyugáronme desde las primeras explicaciones que tuve la dicha de oírle. Hace de esto veinte años, más de la mitad de mi vida, y desde entonces la opinión que formé ha subsistido en mí sin que la haya modificado en nada la amistad casi familiar que nos unió, porque Alcaide era el mismo en público que en privado, en la cátedra que en el seno de la familia, y acaso en este último lugar sobresaliesen de modo especial sus muchas virtudes.

II

Nació el Sr. D. Joaquín Alcaide y Molina en Córdoba, ciudad madre de peregrinos ingenios, el día 22 de Noviembre de 1839; fueron sus padres D. Manuel Alcaide y Rubio y D.^a María del Carmen Molina y Salves, quienes, no obstante tener numerosa familia y escasa fortuna, supieron inculcar en sus hijos firmes creencias y un decidido amor al trabajo, del que todo debían esperarlo, y formaron sus corazones abiertos para toda noble empresa.

Desde niño debió D. Joaquín Alcaide todo lo que alcanzó á su propio esfuerzo, obteniendo por oposición, una vez terminados sus estudios en la escuela, una beca en el Seminario Conciliar de San Pelagio de la vecina ciudad. ¡Cuánto se ha declamado contra las casas religiosas de enseñanza y cuántos hombres de mérito extraordinario hubiesen vivido obscurecidos; cuántos genios se hubiesen agostado en flor sin esos centros dispuestos á facilitar al pobre lo que su condición social le negara, como se lo niega hoy de hecho, convertidas las carreras facultativas y especiales en patrimonio de los ricos! En el Seminario de San Pelagio y al lado del Ilmo. Sr. Obispo de aquella Diócesis, más tarde Arzobispo de Sevilla, D. Manuel Joaquín Tarancón, cimentó Alcaide sus sólidos conocimientos; y, cuando, abandonada la carrera eclesiástica, por falta de vocación, revalidó sus estudios en el Instituto cordobés, obteniendo la nota de sobresaliente en todas las asignaturas y en los ejercicios de grado, y se trasladó á Madrid, llevó un caudal de conocimientos que no suelen abundar en los Bachilleres que, con noticias de muchas cosas, pero todas superficialmente aprendidas, envían anualmente nuestros Institutos á nuestras Universidades.

En las de Madrid y Sevilla, viviendo con estrechez, obteniendo premios en casi todas las asignaturas, cursó Sagrada Teología, Filosofía y Letras, y comenzó en la primera de aquéllas el estudio del Derecho, que continuó en Oviedo y terminó en Sevilla, alcanzando la nota superior de calificación en casi todos los exámenes y grados y por oposición los títulos de Bachiller, Licenciado y Doctor en Sagrada Teología.

En el mismo año de 1866, en que obtuvo la investidura de Doctor en Filosofía y Letras y Teología, apadrinándole respectivamente el inolvidable Moreno Nieto y su compañero de seminario y de estudios D. Rafael Conde y Luque, alcanzó por oposición, ocupando el primer lugar de la terna, la cátedra de Literatura Clásica, Griega y Latina, de la Universidad de Oviedo, mediante unos lucidísimos ejercicios entre muy peritos coopositores y ante un tribunal que formaban el docto humanista Marqués de Morante, D. Alfredo Adolfo Camús, de quien siempre fué Alcaide discípulo predilecto, D. Lázaro Bardón, incomparable helenista, á quien, por jubilación, vino á sustituir en su cátedra, Ayala, el ilustre autor de *Consuelo* y *El tanto por ciento*, Gómez Salazar, Oliván y Catali-

na, el genial autor de *La Mujer*, al cual debió la realización de su dorado ensueño: su traslación á Sevilla.

Hallábase vacante hacía algunos años la cátedra de Literatura clásica en Sevilla, que desempeñaba en comisión el catedrático de la de Barcelona D. Jacinto Díez, á quien el Gobierno tenía aquí como desterrado por sus opiniones políticas, hombre bondadosísimo, autor de libros de relevante mérito, y que, renunciando el Decanato de la Facultad y su cátedra en la Universidad catalana, acabó santamente sus días viviendo en comunidad en el Monasterio de Monserrat. El Sr. D. Severo Catalina, Ministro de Fomento, que había sido maestro y juez de Alcaide y apreciaba sus extraordinarias dotes, no obstante que éste fué de los catedráticos que se negaron á firmar aquella famosa exposición llamada *de vidas y haciendas*, dirigida á la Augusta Señora que ocupaba el solio de San Fernando, levantó el destierro al Sr. Díez, lo restituyó á su cátedra de Barcelona, y trasladó al Sr. Alcaide en 1867 á nuestra Universidad, donde en el mismo curso explicó, en comisión, además de su asignatura, la de Ampliación de Literatura Española, durando aún la memoria de sus explicaciones, que versaron sobre la literatura hispano-latina. Tampoco pueden olvidarse aquellos cursos de las literaturas clásicas, griega y latina, ya juntas, ya separadas, según lo exigían los reglamentos de estudios, de los que sus alumnos guardan vivísimo é imperecedero recuerdo, porque Alcaide corregía en sus deficiencias los planes de enseñanza y en su clase se aprendían las lenguas clásicas, sus literaturas, la historia de los pueblos que les dieron ser, la geografía de las tierras en que vivieron, sus creencias, sus mitos y aun sus costumbres.

En Octubre de 1895, vacante la cátedra de Literatura Griega de la Universidad de Madrid, por jubilación de D. Lázaro Bardón, fué trasladado á ella Alcaide, desempeñándola poco más de un año.

En Madrid, como en Sevilla y antes en Oviedo, Alcaide fué siempre el mismo para sus discípulos, el maestro cariñoso, no el sabio adusto al que teme acercarse el estudiante; el educador que cree que su misión llega más allá de la cátedra, no el profesor que va á llenar, por cumplir una obligación penosa, el tiempo preciso de explicación. En él encontraron siempre sus alumnos un amigo cariñoso á quien consultar, inclinado á la benevolencia por temperamento y por carácter; sus compañeros, un verdadero hermano; sus subordinados, un padre propicio á templar los rigores de la ley.

Este fué Alcaide como estudiante y como catedrático; considerémoslo ahora como escritor.

III

El trabajo más antiguo de los que han llegado á mi noticia, y los analizaré por orden cronológico, es el *Examen de las imitaciones de Homero, usadas por Virgilio*, manuscrito que aparece fechado en Madrid á

25 de Abril de 1865, cuando Alcaide cursaba aún Teología y Filosofía y Letras. El tema de este trabajo fué uno de los favoritos de su autor, quien lo mejoró, años adelante, tratando también de él al ingresar en nuestra Academia.

El *Examen* es como un bosquejo del discurso de recepción, que estudiaré después; pero ya en él se manifiestan el conocimiento profundo de las literaturas clásicas en quien había de ser un año más tarde catedrático de aquellas materias, apúntanse también otros temas predilectos del docto profesor, como el de estudiar la influencia de las ideas del *destino* en la literatura griega, del *hado* en la latina y de la *Providencia* en las cristianas, representados por los poetas *Homero*, *Virgilio* y *Dante*, en sus obras la *Iliada*, la *Eneida* y *La Divina Comedia*, asunto que estudió á fondo y cuyo plan tuvo la bondad de comunicarme, leyéndome algunas cuartillas que, desgraciadamente, no han parecido entre sus papeles.

El *Examen* es un ensayo, pero deja adivinar al autor de los otros trabajos que voy á mencionar.

En el mismo año (Matriti die XII kalendas Decembris anni MDCCCLXV) aparece fechado su trabajo manuscrito, en lengua latina, *Paralelo entre Demóstenes y Cicerón, considerados como oradores*, memoria que presentó, cumpliendo lo entonces preceptuado, para su oposición á cátedra, y en la que se evidencia su pericia en la lengua del Lacio.

La *Unidad de la especie humana* fué el tema de su tesis doctoral en Sagrada Teología; *todos los hombres descienden de un tronco común, Adán, y este hecho está comprobado plenamente y conforme con todas las nociones históricas y fisiológicas*, trabajo que mereció el aplauso unánime de sus maestros y condiscípulos, y en el que reunió argumentos contundentes contra los partidarios de las opuestas opiniones.

En el mismo acto de leer el anterior trabajo, dió también lectura al *Estudio de Cicerón considerado como filósofo y como político: Análisis de su tratado de República*, presentado para recibir la investidura de Doctor en Filosofía y Letras, en el que analiza el estado de la Filosofía en Roma y el significado de Cicerón en ella, su aproximación á las ideas cristianas, ya en metafísica, ya en moral; lo estudia después como escritor de ciencias políticas, deteniéndose en el análisis de su libro *De República*, y, por último, como político ú hombre de estado; vindicándolo de algunos errores muy generalizados, presentándonos al gran orador como un acabado modelo, en cuanto humanamente es posible, del filósofo, del ciudadano y del político.

Para recibir la investidura de Doctor en Derecho en nuestra Universidad, escribió en 1871 un discurso sobre el *Origen é historia del poder espiritual y temporal del Papado*, obra eruditísima y de crítica histórica imparcial y desapasionada.

Un año antes lo había llamado esta Academia á su seno, en vacante producida por fallecimiento de D. Jorge Díez, mas no ingresó en ella hasta 1872, leyendo un discurso en el que estudió *Qué son las imitaciones*

con relación al Arte, y comparó á Virgilio con Homero, estudiando sus poemas, principalmente bajo aquel punto de vista, notando las muchas semejanzas de la *Eneida* con la *Iliada* y la *Odisea*, presentándonos á Homero como á inventor sublime y á Virgilio como á sublime imitador, discurso al que contestó á nombre de esta Corporación el Sr. D. Francisco Caballero Infante y Zuazo, discípulo y amigo fraternal del Sr. Alcaide, con un trabajo ameno y erudito, como todos los suyos, hablando del *sentimiento* en Homero y en Virgilio. ¡Cuánto mejor que yo hubiese hoy cumplido el triste encargo de escribir su necrología nuestro docto Preeminente Sr. Caballero Infante, que tan bien supo darle la bienvenida!

Al inaugurar las tareas escolares en nuestra Universidad en 1875, correspondió á la Facultad de Filosofía y Letras llevar la voz en aquella solemnidad y Alcaide desempeñó á maravilla su cometido, haciendo *algunas consideraciones histórico-literarias sobre la poesía satírica y especialmente sobre la sátira latina, como reflejo de la vida social de Roma*, tema que caía bajo el dominio de su asignatura, que era muy apropiado á la ocasión en que fué tratado y que está desenvuelto con la misma corrección en la frase y alteza en los pensamientos que todos los anteriores.

Este fué Alcaide como escritor; estudiémosle bajo otros aspectos.

IV

En la Instrucción pública prestó Alcaide señaladísimo servicio, formando parte de las Juntas local y provincial de primera enseñanza, como vocal de nueve tribunales de oposiciones á cátedras y presidente de otro, representando á nuestra Universidad en varias exposiciones provinciales, regionales y nacionales, siendo en todas ellas presidente de las comisiones de instrucción y enseñanza, desempeñando la Secretaría y el Decanato de la Facultad de Filosofía y Letras y el Rectorado, debiéndosele, en gran parte, la creación de la Escuela de Comercio, y como Inspector de Instrucción pública del distrito universitario de Sevilla, á virtud de propuesta unánime del Claustro.

Alcaide unió á los títulos ya enumerados los de Licenciado y Doctor en Derecho Civil y Canónico, alcanzados en la Universidad de Sevilla, siendo apadrinado en el último de aquellos actos por el Sr. D. Rafael Laffite y Castro. Esta Real Academia (ya dije cómo lo llamó á su seno), lo nombró su Secretario segundo en 1873. Vicedirector en 1882 y Académico Preeminente en 1887; la Academia Sevillana de Jurisprudencia lo eligió numerario en 1872; la de Ciencias, Letras y Nobles Artes de Córdoba le otorgó análoga distinción en 1874; la de Ciencias y Letras de Cádiz, en 1877; la Colombina Onubense lo nombró socio de honor á su creación; la Sociedad de Amigos del País de Montilla lo eligió su socio de mérito y el Gobierno le concedió en 1886, libre de gastos, en consideración á sus méritos y extraordinarios servicios á la enseñanza, la Gran Cruz de la Real Orden de Isabel la Católica.

Alcaide afilióse desde muy joven al partido llamado progresista (ya

dije que se negó á firmar la exposición llamada *de vidas y haciendas*; tomó parte en las discusiones de la famosa tertulia progresista de Madrid, siendo aún estudiante, y defendiendo con denodado esfuerzo la unidad de cultos, cuya pérdida consideró siempre como gran desgracia nacional; siguiendo á sus antiguos amigos políticos, aceptó la jefatura del Sr. Sagasta, y Sevilla lo eligió su diputado a Cortes en las legislaturas de 1881 á 1884.

No permaneció Alcaide en su nuevo cargo ni mudo ni inactivo: véase el *Diario de Sesiones* de la Cámara popular, y se le encontrará librando verdaderas batallas parlamentarias con personalidades tan ilustres como la del Conde de Toreno; pregúntese al profesorado universitario, y unánimemente dirá que á Alcaide, sola y exclusivamente, debe su mejoramiento, la supresión de los sueldos de categorías que pasaron á ser puramente honoríficas, la elevación de los sueldos con arreglo á riguroso escalafón, la asimilación á las categorías administrativas á los efectos de jubilación, viudez y orfandad, reformas por las que recibió las felicitaciones de todos los claustros universitarios de España, que Alcaide guardaba como un precioso dón, y que le valieron un rico presente como testimonio de gratitud del claustro de Sevilla.

Las veleidades de la política le impidieron triunfar en la elección de Senador por la Universidad de Sevilla en 1884, perdiendo así nuestro primer centro de enseñanza la ocasión de tener un representante del prestigio y significación, dentro del profesorado, del Sr. Alcaide. Estas mismas veleidades y bastardos intereses de partido lo llevaron al banquillo de los acusados á responder de gravísimos delitos que se le imputaron y que en juicio oral y público se desvanecieron como el humo, derrumbándose los graves cargos contra él acumulados, como castillo de naipes. Mucho hizo en aquella ocasión la elocuente palabra de su antiguo discípulo el ilustre abogado de este Colegio D. Fernando Sánchez Gómez, pero mucho hizo también la bondad de la causa, la inocencia del procesado, que salió de la Audiencia entre aclamaciones de la multitud, que aplaudía el triunfo de la justicia.

Pocos jefes ha tenido la enseñanza pública en este distrito que hayan trabajado como Alcaide por el fomento de la misma; testigos son la Escuela de Comercio, que contribuyó á fundar y que inauguró con un magístral discurso, y la provincial de Medicina, que nunca fué mirada con tanta predilección y cariño como en los días de su mando y á la que, ya antes de ser Rector, había saludado desde la cátedra del paraninfo universitario en 1875, *cumpliendo un grato deber de compañerismo, saludando cariñosamente á los nuevos adalides de la enseñanza médica, felicitándolos por haber sido declarados públicos los estudios de aquella Escuela libre, deseándoles sean bien venidos, y enlazados con abrazo fraternal á nuestra insigne y famosa Facultad de Cádiz y á sus renombrados profesores, elévense y apliquen los maravillosos progresos de la ciencia médica en bien de la humanidad y gloria de sus respectivas escuelas.*

Á sus instancias, reformó el entonces Ministro de Fomento y amigo íntimo de Alcaide, D. Carlos Navarro y Rodrigo, los tribunales de oposiciones á escuelas, arrancando esta misión de las Juntas provinciales, librándolas del yugo del caciquismo y encomendándolas á los tribunales mixtos, á cuyo cargo han corrido hasta época bien reciente.

V

En la lucha suscitada contra Alcaide por sus enemigos, ya lo he dicho, el triunfo fué de aquél, pero no en balde se ha formulado el axioma *calumnia, que algo queda*, y este algo fué el envenenado dardo clavado en aquel generoso y noble corazón, que minó poco á poco su existencia y que lo condujo al sepulcro, pérdida sensible para la enseñanza y á la cual contribuyeron no poco las ingratitudes que cosechó abundantemente quien tantos beneficios había dispensado.

Treinta y un años fué Catedrático, de ellos once Decano y tres Rector, y cuando, retirado de las luchas políticas, comenzaba á recoger los frutos de tan largo trabajo, la muerte lo arrebató al cariño de su familia y de sus amigos el día 5 de Marzo del corriente año.

No entraré á estudiar las virtudes domésticas de Alcaide; que, aunque muchas pude apreciar, nadie tiene derecho á tocar terreno que sólo á los suyos pertenece.

Hemos recordado sus muchos méritos; oremos por su eterno descanso: que *una lágrima por el muerto se evapora; una flor sobre su tumba se marchita; una oración por su alma, la recoge Dios.*

Noviembre de 1897.
